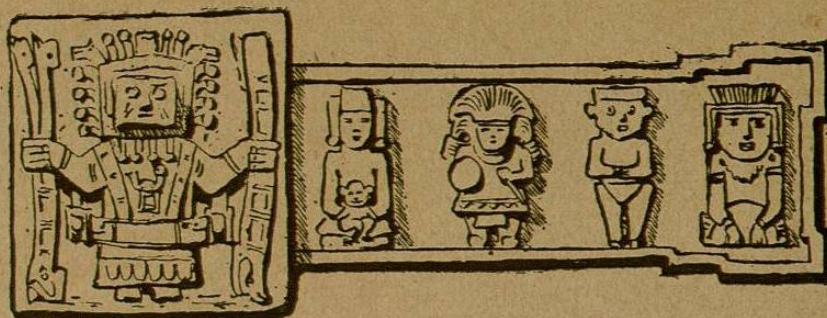
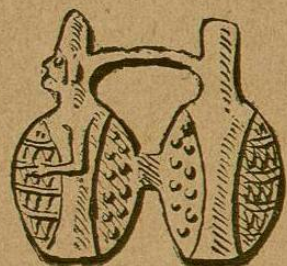


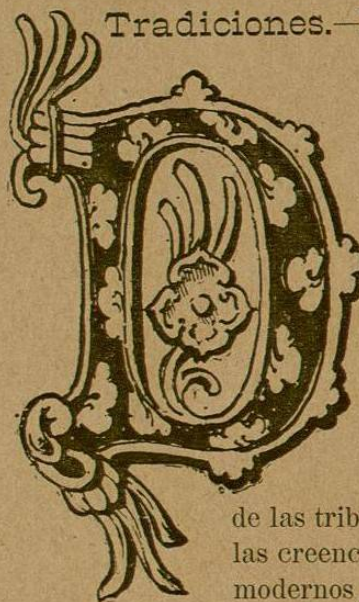
que forman la gran masa de las tribus americanas, en estado de cultura lítica, cuyas superiores manifestaciones de su civilización aparecen principalmente en los grandes valles de los modernos Estados Unidos; más tarde la gran invasión representada principalmente por las ramas quichua y nahua-maya, que coincide con el gran movimiento mogol asiático y que corre por todo el occidente americano, siguiendo la cordillera andina, dilatándose en el Anahuac y mezclándose en el centro de América, ocupando el menor espacio comparativamente con la gran extensión de los continentes, con creencias, artes y ciencias que se modifican con el transcurso de los siglos, pero patentizando siempre su origen. Su civilización y riquezas despiertan la codicia de las tribus salvajes vecinas, dando lugar entre otras á la invasión chichimeca y últimamente á la azteca, los godos de América, las gentes que más vemos, pero que menos hicieron en el Anahuac, y por fin otra mongolo-siberiana que ocupa la región más boreal, de la que proceden los esquimales establecidos entre ambos mares, tan semejantes en costumbres, aunque presenten variedad los de uno y otro extremo. Esta es la que se puede creer la más moderna y en la que se notan mayores influencias y rasgos chinos y mongoles.

La comprobación de este cuadro sintético, fundada en cuantos datos nos puedan suministrar sus tradiciones, números, lengua, artes y otras muchas muestras de su carácter y actividad será el objeto de las siguientes líneas, que dividiremos en una parte puramente antropológica y etnográfica y otra arqueológica y artística.



II

Tradiciones.—Religión.—Necrología.



ESPUÉS de presentar el cuadro más probable de la historia etnográfica americana, veamos cuanto sus tradiciones, religión y cultos nos hablan en favor de nuestra tesis, y lo que se puede distinguir á través de su complicada urdimbre, mediante el estudio de las memorias y monumentos que sobre este punto han llegado hasta nosotros.

Dejando aparte el casi ateísmo de las tribus más salvajes y atezadas, así como las creencias de los esquimales que, como más modernos, menos nos interesan, seguiremos haciendo preferente objeto de nuestro examen aquellas razas intermedias, entre las que se pueden establecer muy marcadas diferencias.

En los aborígenes encontramos las leyendas tradicionales y los cultos más primitivos; concepciones cosmogónicas, recuerdos de diluvios é inundaciones en casi todas ellas; cataclismos y cambios radicales en la configuración del suelo; repoblación prodigiosa de aquellas comarcas, constituyen sus

recuerdos más remotos, oralmente transmitidos de generación en generación. Estas memorias aparecen más constantemente en los pueblos aborígenes que en aquellos otros cuya historia comienza con una emigración, *del lado que se hacen las sombras*, es decir, del Occidente, presidida por un profeta, por un Votan, que toma distintos nombres, á través de los cuales puede distinguirse, sin embargo, el propio numen; pueblos, en fin, aportadores de la civilización y la superior cultura, de los que hemos formado la tercera serie.

En los primeros hallamos la adoración sabeista ó mitológica de los elementos, generalmente terrorífica, y que los lleva á los más inhumanos ritos para obtener la benevolencia de aquellos poderes iracundos y terribles; una vida inmoral y sin ninguna de las dulzuras que lleva en sí el mayor grado de adelantamiento, cuando no la completa abyección que los asimila á las más salvajes tribus conocidas, mientras que en los que obtienen más alto relieve, un profeta, una buena nueva, un genio que viene de otras tierras y enseña á los hombres doctrinas superiores, llámese Quezalcohalt, Votan, Bochica, ó de otro modo, entidad representada generalmente por el emblema de la serpiente revestida de plumas.

Las doctrinas y predicaciones de estos genios se van desfigurando á través de los siglos, ya por la evolución general en todas las cosas humanas, ya por la compenetración y amalgama con las mitologías de los pueblos primitivos, con quienes tienen que confundirse los conquistadores, pero conservándose siempre rastro de ellas, hasta cuando los salvajes aborígenes invaden y destruyen los Imperios más florecientes. Tal sucedió en México donde, á pesar de las horribles ceremonias extremadas por los aztecas en honor de sus implacables dioses, aun los puros hermanos de Quezalcohalt eran respetados y considerados como poseedores de superiores doctrinas. Otras razas como los Quimbayas, perdiendo todo respeto á sus primitivas creencias, cayeron en el escepticismo y sensualismo más completo; otros, como los Incas convirtieron la religión en arma política de su absoluto imperio.

Si como venimos sosteniendo, la invasión de los hombres

cultos provino del Asia Oriental, los toltecas debieron ser los que trajeron sus creencias en mayor grado de pureza y fervor: y, en efecto; las memorias que nos quedan de estas gentes, fundadoras del primer Imperio en el Anahuac, según unos, ó representando sólo la superior cultura, según otros, pero nunca invención de más modernos historiadores, nos los presentan humanitarios y caritativos, hablándose por primera vez en aquel suelo de «hospitales dotados de rentas y vasallos, donde se recibían y curaban los enfermos». Los tezcucanos, que podemos considerar también como una derivación de esa raza no aborígen, ostentan ideas religiosas elevadísimas, quizá las mejores profesadas en el Nuevo Mundo precolombino.

El carácter de la mitología de los aborígenes es: ó simplemente politeísta, reconociendo en cada gran fuerza de la naturaleza la presencia de un dios, ó bien sabeista, considerando como soberanos á los astros reyes del día y de la noche. Ningún estado religioso presenta mayor similitud con éste que el de la mitología asiático-oriental profesada por las gentes primitivas, como los Santales y Kondos, desconocedores de los dioses brahmánicos, y hasta por los Chinos, antes que Lao-Tse les disipara los errores groseros que profesaban, sobre los que más tarde revolvieron.

Asimilase, pues, al estado general mitológico de una gran parte del mundo oriental, anterior al advenimiento y extensión de las doctrinas brahmánicas, búdhicas ó chinas, y del que mucho encontramos aún en el sistema de los vedas.

El panteón azteca también nos ofrece un completo politeísmo extendido hasta los últimos seres naturales, pues aunque algunos encuentran la idea del dios supremo é invisible llamado Teotl, hasta la misma raíz gramatical de esta palabra nos está indicando su procedencia extranjera. En el Imperio mejicano se observa la fusión de muchas creencias, algunas muy antiguas en aquella tierra.

El Rey tezcucano Nezaualtcoyotl, aquel David americano adoraba al único Dios, y las historias nos lo presentan como dolorido de ver á su pueblo rechazando tan elevada doctrina; pero téngase en cuenta que este Rey no era azteca, que había

sido, además, educado por un sabio, por un Aristóteles americano, conocedor de la antigua ciencia, iniciado en la doctrina más alta de los sacerdotes, aquella doctrina que vemos siempre manifestarse á través del politeísmo popular en los pueblos más modernos.

Los mayas conservaban las más puras ideas morales, habiendo obtenido los frutos más humanitarios; sus prácticas religiosas eran las menos sangrientas, consistiendo sólo en sencillas ofrendas; sus ritos y jerarquías los que más sorprendieran á los conquistadores por su semejanza con las cristianas.

La procedencia de aquellas doctrinas más adelantadas, no podemos por menos de verla arrancar del budhismo al principio, más ó menos transformado por el djanismo, y más tarde del lamismo, del que encontramos también huellas muy marcadas.

Cuando se lee la historia de la propagación del budhismo en sus primeros tiempos, después de haber estudiado lo que nos dicen las tradiciones americanas acerca de aquellos profetas que llegaban de otras tierras predicando nuevas doctrinas, nos parece asistir á un episodio más de aquella propaganda que tanto fruto obtuvo en la gran extensión del extremo Oriente. Y si volviendo á éste examinamos sus memorias y las transformaciones que á su vez va sufriendo la doctrina á medida que se aleja de su cuna, ó con el transcurso del tiempo, aún más nos convenceremos de ello y encontraremos la razón natural de muchos hechos. Hasta ciertas indicaciones geográficas nos saldrán al encuentro para apoyo de nuestro aserto, que no otras tierras que las americanas debían ser aquellas lejanas al Oriente, de Fu-Sang, á que llegaron los misioneros de la nueva doctrina.

Infinitas semejanzas, ó para nosotros manifestaciones de ello, aparecen entre las religiones americanas, cada vez más abundantes conforme más las vamos conociendo; la trinidad búdhica, aquellas tres personas del *Sakia-muni* deificado, Buddha, Dharma y Sanga, y de las trimurtis brahmánicas posteriores á la sencillez de los Vedas cuando lucha con el budhis-

mo, las vemos aparecer con distintos nombres, pero con igual sentido, en muchos recuerdos y monumentos. «¿Será, por fin, un Buddha el Votan de Chiapas y dejaría en aquella comarca ese recuerdo de su religión? Los *chanes*, cuya cuna oriental parece indudable, trajeron el culto de su origen, y cuando vencidos adoptaron el nahua, ¿les quedó mezclado en éste la trinidad como recuerdo?..... Esta trinidad de un dios creador, otro conservador y otro destructor ¿será recuerdo de la tradición oriental traída por los *chanes*?» tal dice Chavero en su reciente obra *Antigüedades Mexicanas* (1) al examinar los curiosísimos relieves de Chiapas, en que tan simbólicamente aparece representada esta trimurti.

Del lamismo, si no en su último período al menos cuando comienza á establecer sus jerarquías y prácticas, también encontramos grandes huellas en la organización sacerdotal é instituciones eclesiásticas. El lamismo occidental ofrece tales semejanzas con las jerarquías y liturgias cristianas, que es opinión muy verosímil la sostenida por algunos teólogos, el deberse la mayor parte de ellas á la influencia y contacto con nuestra religión en el Tibet.

La jerarquía eclesiástica, el celibato, los ayunos y penitencias, la confesión y hasta los nombres de ciertas dignidades, signos, indumentos y ceremonias, hacen ver en el lamismo asiático, aceptado como disciplina y jerarquía por el budhismo, el origen de tantas sorpresas anotadas por nuestros piadosos cronistas al estudiar los ritos del Mundo recién descubierto, achacadas á perversos manejos del diablo, cuando quizá traían, al través de los siglos y de los continentes, más divino y cristiano origen. Al leer muchas páginas de nuestros escandalizados notadores de las cosas de Indias, no hallamos en sus relatos sino ramificaciones, algunas veces en bastante estado de frescura, del budhismo y lamismo asiático.

Por tales motivos no han faltado algunos que han supuesto si estas semejanzas serían debidas á la predicación de Misio-

(1) Homenaje á Cristóbal Colón.— *Antigüedades Mexicanas*.— México, 1892, págs. XXXVII y XXXIX.

neros cristianos llegados por las costas Norte orientales del Nuevo Mundo cuando los viajes de los vikings y otros pueblos septentrionales en los siglos promediantes de la Edad Media, haciéndoles avanzar hasta recorrer casi todo el continente; mas esto no cuenta hoy con grandes datos en su apoyo. Lo penoso y casi imposible de llegar entrando por tales regiones á aquellas otras tan opuestas en que vemos florecer las doctrinas objeto de la cuestión, queda completamente reconocido por los pueblos más interesados en ello, que confiesan la poca permanencia y extensión de sus colonias en unas tierras tan ingratas, tras de las cuales nunca podrían sospechar se extendía un mundo lleno de maravillas y delicias naturales. Dinamarca y Noruega han hecho constar en la Exposición Histórico-Americana del Centenario en Madrid su convencimiento de la poca duración y suerte de las colonias establecidas por el año 1000 en la Vinlandia (Nueva Escocia), según la relación de Leif-Erikson (1).

Un estudio digno de gran atención en materias religiosas es el del simbolismo de sus representaciones, de muy oculto sentido las más veces, pero que por sus semejanzas nos da mucha luz sobre sus orígenes.

Los expedicionarios de la Sra. Hemenway, viviendo largo tiempo entre los Hopis y los Zuñis, guardadores de tan preciosos recuerdos arcaicos, nos presentan el ejemplar del riquísimo simbolismo religioso naturalista de aquellos pueblos aborígenes que formaban la segunda clase en nuestra clasificación etnográfica. M. Fewkes (2) ha tenido ocasión de estudiarlos detenidamente, tomando parte en muchas de sus larguísimas ceremonias y enterándose del sentido de sus símbolos tan

(1) Las teorías desarrolladas en la reciente obra norte-americana *The defenses of Norumbega, a later to judg daly, bi Eben Nortan Horsford*, Boston and New-Yord, 1891, y *The Soudfall of Leif-Erikson A. D. 1000*, del mismo, no han tenido gran eco ni aceptación entre los americanistas, que no ven suficientemente probado, por las muestras que presenta, la presencia precolombina de los europeos en aquellas costas, ni la llegada de Leif-Erikson hasta tales comarcas.

(2) V. *A Journal of american ethnology and archæology*, vol. I y II.—1891-92.

complicados, pero sin duda por cierta comunidad con las razas superiores que han llevado hasta allí alguna de sus doctrinas, también ha encontrado entre sus símbolos adorados el de la cruz, y como numen altísimo el de la serpiente emplumada.

La adoración de la cruz en la América precolombina, de la que es principal ejemplar la tan famosa de Palenque, sorprende y preocupa á los que por primera vez tienen noticia de ello, pero no es sólo allí, sino que con frecuencia se ve en muchos monumentos usada como símbolo sagrado. En los relieves de Santa Lucía de Cozumahualpa de Guatemala la tenemos repetidamente grabada; en el códice Pereziano también aparece, y en tantos otros monumentos, siendo, en fin, un signo venerable, cuyo sentido aún no vemos claro. ¿Será una representación de los cuatro puntos cardinales, á que tanta atención se presta en los cultos americanos? ¿Será un emblema de la divinidad, como la que llevaba Bochica luminosa en la frente? De todo puede haber en ello; pero persistiendo en nuestras procedencias budhistas diremos que en esta religión también se presenta tal signo como de los más venerables; que el culto de la cruz es de eficaz bendición para el que lo ejerce, y que la cruz, en fin, llevada al Tibet y la Tartaria por los nestonianos y aceptada por los budhistas, se extiende hasta el extremo oriental asiático, para sorprendernos luego en la América civilizada.

La del Santuario de Palenque no es la única, pero sí la más importante; ocupaba el fondo del precioso cubículo, como principal objeto de adoración en aquel sitio. Grabada con arte exquisito en gran losa de piedra, de seis pies y medio de altura, se ve coronada por un gallo, al que un sacerdote ofrece ó consagra un niño que levanta entre sus brazos.

En otra losa, al lado opuesto, un ayudante más joven, de pie y en actitud de responder quizá á los salmos del sacerdote, presencia la escena, ocupando el resto de la superficie á sus espaldas, gran cantidad de signos catúnicos, tan idescifrados como todos los de su especie. El tercer tablero (separado hoy de sus dos restantes compañeros y custodiado en el Instituto Smithsonian de Washington) contiene el extremo de la mitra

del sacerdote oferente, estando igualmente llena su restante superficie por signos catúnicos, cuyo desciframiento sería tan decisivo para la interpretación del monumento.

Analizando los pormenores simbólicos del simulacro, deduce el Sr. Chavero su referencia al culto del sol y sus revoluciones en consonancia con las estrellas de la mañana y de la tarde (1), opinando Paso y Troncoso (2) ser, en cambio, una representación del *árbol de la vida*, con muy parecido sentido al que damos los cristianos al instrumento del suplicio del Salvador: todas estas interpretaciones pudiera haber llegado á obtener en América el sagrado signo, siendo lo cierto que allí aparece la figura de la cruz, perfectamente definida, como emblema de divina presencia y adorada con desfigurado sentido en tan lejanas tierras por aquellos gentiles, ignorantes del verdadero objeto de redención en ella originario.

La significación teológica del gallo y su sublime simbolismo es puramente asiático: el gallo, entre los chinos, es el emblema de los atributos supremos de la inteligencia divina; emblema de antiquísimo origen en aquellas regiones y por ellos aceptado más tarde. Hé aquí todo su sentido:

El gallo divino, el *Fug hoang*, es el Fénix, el ave inmortal que vive en el cielo, y cuya vista por el hombre es señal evidente de prosperidad y de abundancia de dicha. Tiene la cabeza de gallo, el pico de golondrina, el cuello de serpiente, el cuerpo de ave, con cola de plumas multicolores, como el pavo real, y á todo él adornan los más brillantes matices. Nació en misteriosa cueva de jaspe rojo, y se alimenta de las frutas del bambú, bebiendo sólo el agua en los más puros y escondidos manantiales de las montañas. Sobre su cabeza puede leerse la palabra *virtud*; en sus alas la de *obediencia*; en la espalda la de *justicia*; en su vientre la de *fidelidad*, y en su pecho, como en el del pelicano, sólo arde la *caridad* más acendrada: tal es el ave que corona la célebre cruz de Palenque y otras semejantes representaciones americanas, y á tal numen

(1) Chavero, *México á través de los siglos*, t. I, pág. 291.

(2) *Catálogo de la Exposición Histórico-Americana*, t. II, vol. I.

se ofrece el tierno niño por el sacerdote para que le acoja con amor y derrame en él todas sus gracias. Quizá á aquel precioso cubículo acudirían los piadosos mayas con sus tiernos hijos implorando para ellos las mayores venturas.

La serpiente emplumada, símbolo de Quezalcohalt, se ve donde quiera en toda la América civilizada, como numen superior, siendo el motivo de adorno principal, de exornación constante en los más artísticos monumentos. Ya aparece enroscada en México, ya adornando las paredes del templo de Cholula, y en Palenque y Chichen-Iza; al palacio de las Monjas lo abraza por completo con sus múltiples anillos, corriendo sin interrupción por sus frisos y molduras, y vése además en una infinidad de objetos religiosos y adornos, hasta de uso doméstico. Justo es, por lo tanto, que dediquemos algunos momentos á la averiguación de su origen y sentido.

En las pagodas más antiguas de la Indo-China, en Voen-Chan, donde se conservan las más venerandas imágenes de Buddha, la de Wat-Pha-keo, encontramos la misma representación con casi idéntico trazado, no sólo en sus miembros arquitectónicos, sino en los objetos del culto; el precioso portacirios de Wat Si-saket, y otros que aún se ven en las pagodas de Laos y hasta Tonkin, se hallan adornados, como motivo principal, con serpientes-dragones que parecen dibujadas por los mismos artistas que las de Cholula, sólo con menos cuadratura, que es el carácter principal del trazado americano; el lindísimo carro de Budha de las grutas sagradas de Pak-Hú-Sen, está formado por seis grandes serpientes, con la característica cabeza que pudiéramos llamar *indo-americana*, la misma que se ve en los grandes parasoles de otras pagodas.

Entre los dioses puramente brahmánicos, ningún monumento podemos recordar más semejante á los americanos que la doble imagen de Naga y Nagi y la de Sexa-Naga del templo de Badami, enroscada á la manera de la cónica del templo de México.

¿Qué relación tiene la gran serpiente con el numen á que se consagra? ¿Cuál su valor simbólico? Debemos decir que,